

# Qué rico es odiar

**Sergio Guzmán Toro**

*Vendedor, me gusta escribir, o tal vez solo sea un método de escape para no gritar,  
gtsergio3@misena.edu.co*

Solicito amablemente que lea rápido y de carrera, y con mucho odio.

¿Qué horas son? Las cinco de la mañana apenas, todavía me faltan ocho horas para salir de esta caja de fósforos, cuatro paredes y un vidrio, delante del vidrio una fila de aquí al Orinoco, dentro del vidrio yo, con los ojos en el culo por el sueño acumulado de tres días seguidos de madrugar, entre recibir y entregar dinero, cambios y vueltas, preguntas y respuestas ya se me acabó la paciencia que tenía.

¿Odiar? Suena terrible, porque el servicio al cliente te debe apasionar, “es una vocación de entrega, completa plenitud y satisfacción por el servicio”, o eso es lo que nos dijeron en la capacitación. Y pues... no, la verdad es que va más allá, el servicio al cliente es una caja de madera decorada con piedritas de fantasía que compraron en el centro.

¿Saludar? Pues a los primeros cien usuarios uno los saluda comedidamente, creo firmemente que la repetición nos hace máquinas y que la estática nos hace objetos, ¿qué hace un hombre que saluda y se despide mil quinientas veces al día?, es una máquina, ¿qué hace un trasero en una silla 9 horas?, es un objeto. Entonces, ya uno por allá a las diez de la mañana no quiere ni hablar.

¿Qué odio? Odio la gente, la detesto, me da asco que en las mañanas me saluden y les huelan la boca a mortecina, odio que no saluden, que no digan el valor que desean recargar, que no digan gracias ni se despidan, odio el frío del aire acondicionado del punto de venta y el calor cuando lo apago, odio madrugar, odio los viejitos y detesto con toda mi alma a las mamás que mandan a los niños a recargar el pasaje y que son tan brutos que no saben ni hablar y toca adivinar; mientras aquella noble mujer mira con ojos de orgullo y una sonrisa de completa satisfacción, yo los miro y los odio doblemente.

Odio a mi jefe, que no habla sino hasta fin de año para evaluarme y decirme que no di propuestas de mejora para el proceso y que, si bien estoy en una buena calificación, no me pone más porque, según él, que es un filósofo de vereda, en un momento de brillante y plena lucidez afirma: “nadie es perfecto”. Ese es mucho hijo de su santa madre, odio al supervisor que gana el triple que yo y no sabe convertir un PDF a Word y viceversa, odio el ruido de los carros afuera, los pitos, esos estrepitosos y estruendosos pitos de los carros, ¿quién les enseña a los conductores que pitar no empuja?, odio la camisa del uniforme que se me sale y se desorganiza fuera de la correa y queda arrugada y se ve feísima, odio el tinto de la cafetera que más que una bebida es un purgante, odio que se saquen la plata de las tetas, odio que entreguen los billetes doblados como origami, arrugados, ensangrentados, con olor a marihuana y esa terrible manía de recargar cincuenta mil en monedas de doscientos y decir con una hipócrita sonrisa: “esa menuda le sirve más a usted”, no, no me sirve, y menos esas monedas calientes que traía en la mano desde que empezó a hacer fila.

¿Y la felicidad? Es prudente afirmar que según el pocillo que nos dieron el año pasado en la empresa que decía: “Sonríe, hoy es un gran día”, cómo miente esa perra taza, odio ese pocillo porque me hace sentir culpa de no ser bueno, tal vez me odie a mí mismo por no haber ascendido en la anterior convocatoria y salir de este cargo, odio el sistema y odio descaradamente el área de talento humano con sus preguntas capciosas y falsas para sacarme la verdad, esa que no quiero decirles, mi mayor deseo es salir corriendo de este cargo que me está matando.

¿Qué amo? Ah, eso sí es claro, amo los cinco y los veinte de cada mes porque pagan, amo la prima de junio y de diciembre, amo con toda mi alma el aguinaldo y amo demasiado los recargos. Amo las amistades que de acá salieron, nada más.

Odiar es para mí un pecado porque mamá siempre dijo que uno no debe odiar a nadie, pero, así como ir al baño con ganas y comer con hambre es tan rico, así mismo es odiar, se siente un placer culposo; en mi mente les he golpeado y les he roto la nariz, les he insultado y les he gritado lo triple hijos de su santa madre que son, los odio y solo eso me hace levantarme cada mañana a ver de qué forma y cual será hoy el modo en el que los odiaré más, al frecuente y al forastero, usuarios de mierda. 🗡️

